



# FERVOR

*Por Ada Albrecht*

**E**l fervor, en la literatura religiosa, es íntimo hermano de la Fe. Fervor es Amor apasionado por Dios nuestro Señor. Es el fuego quemante y sublime que habitaba el corazón del santo Tukaram. El fervor es el gesto más elocuente que posee el alma y que lo entrega como ofrenda piadosísima al Celeste adorado. Toda meditación, todo anhelo de contacto con Aquello, es absolutamente imposible sin un corazón lleno de fervor.

El discípulo que intenta meditar careciendo de este inefable don, nunca llegará a hacerlo. La meditación se aleja y huye de la criatura humana que no posee fervorosa devoción. Ese fervor brota tan solo en un corazón inmaculado. Cuando decimos “inmaculado”, no queremos con ello describir el estado de incólume pureza que es propio de los seres santos. En este caso, y para nosotros, es simplemente un divino instante que se da en la criatura humana cuando ésta logra alejarse milagrosamente del hechizo mundano. Por esos breves minutos, si la viste el fervor logra acallar las constantes premuras de los sentidos, logra la indiferencia de la mente hacia ellos. Poseído

por ese fervor, el corazón se aquieta, y el alma se entrega complacida a lo Perfecto. Si la Gracia de Dios viste al corazón, ese fervor ya no convivirá con nosotros un mero instante, sino que se hallará al lado nuestro durante un largo tiempo. Entonces, y sólo entonces, se descubre, se sabe qué es la Paz, ese total regocijo y contentamiento del corazón que ya no desea nada en el reino de lo impermanente.

El fervor otorga al ser humano la visión celeste. El verdadero fervor son los ojos con los cuales el Espíritu logra avizorar su Hogar, su Sempiterna Morada. Con los ojos del fervor se puede ver la Sombra de Dios, y luego, tal vez, a Dios Mismo.

Desde ningún punto de vista podemos llegar a la meditación real sin fervor. Una meditación que simplemente hace posible que desa-parezca la dinámica mental, es simplemente, el primer paso del camino hacia Dios. Cuando yo digo, “yo medito”, “tú meditas”, “él medita”, etc., utilizo un verbo, y este verbo implica una acción. Cuando hablo de fervor, hablo de un estado interior. Ello es el florecimiento de mi ser, un sagrado connubio de mi Alma con el Alma que se encuentra allende el Universo. Es fuego donde se quema el poder de lo mundano que me ata, y hace posible el resurgimiento de la luz en mí.

Fervor es pasión, es entrega total, es aferramiento a Dios, es apoteosis. Quien desconoce el fervor, quien no intuye siquiera cuanto implica, no está llamado a entenderse aún con el

Sendero Divino, porque para caminar por él, el estado de fervor es imprescindible.

¿Cómo podemos despertar en nosotros este fervor? A través de lecturas elevadas, de compañías elevadas, la criatura humana logra el desalojo del mundo de sus habitaciones interiores, logra aplacar la casa de su sexo, de su gusto, etc., y logra que en su morada interna habiten los ángeles que se marcharon cuando el ser humano les dio la espalda.

El fervor se puede despertar, y cuando él llega, nunca más se va. Entonces, podemos decir que estamos andando por el verdadero camino de la religiosidad. Fervor es sagrada atracción por nuestra Real Naturaleza, atracción por Dios, por lo Eterno, lo Absoluto. Eso es fervor, y es lo que todo caminante espiritual debería desarrollar en sí mismo, porque él, el fervor, es celestial coraza que lo aleja de todos los peligros que constantemente asechan a aquellos que andan por la sendas de este mundo terrenal.

Quien logra desarrollar fervor por Dios y sólo fervor por Dios en sí mismo, y transmitirlo —con la Gracia del Señor—, a sus discípulos, es un ser bendecido que ha depositado una semilla del Cielo, como por milagro, en el corazón humano.

*Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura*